

SOME MOVES ARE RISKIER THAN OTHERS

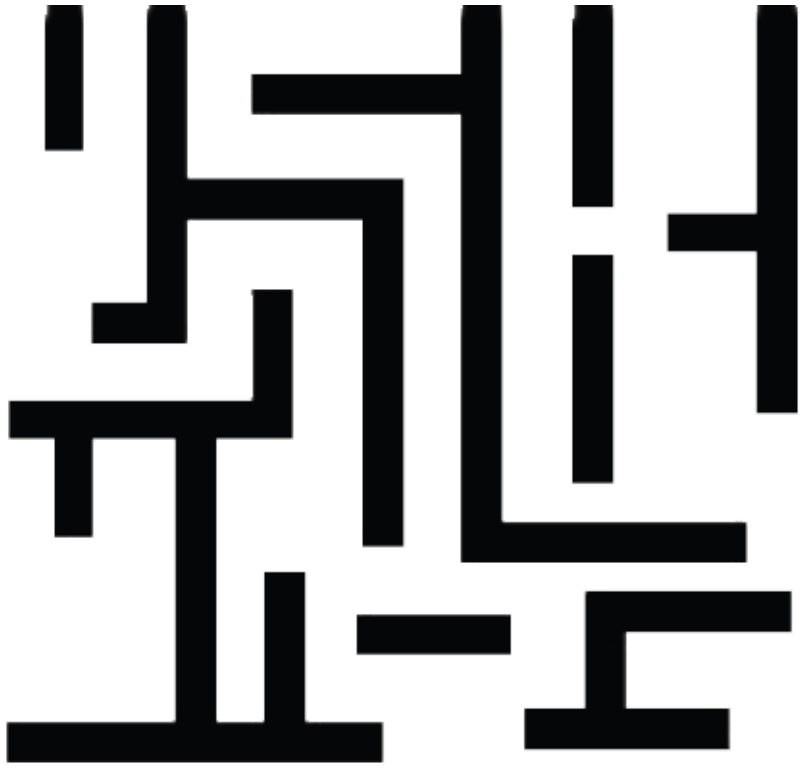


'A page-turner full  
of twists and turns.'  
*Booklist*

# CAPTIVE

AIMÉE CARTER

The Blackcoat Rebellion



# CAPTIVE

AIMEE CARTER

# SINOPSIS

**La verdad puede liberarla.**

Durante los últimos dos meses, la vida de Kitty Doe ha sido una mentira. Forzada a hacerse pasar por Lila Hart, la sobrina del Primer Ministro, en una meritocracia hostil al borde de la revolución; Kitty ve cómo su frustración crece mientras su confianza en su prometido falso se resquebraja, su novio verdadero le está prohibido y los rebeldes Blackcoat a los que secretamente apoya, la mantienen en la oscuridad más que nunca.

Conforme una revelación abrumadora conduce a otra, Kitty aprende de la forma difícil que no puede confiar en nadie, ni siquiera en la gente que creyó estaba de su lado. Con la espalda contra la pared, Kitty desea creer que hará lo que sea necesario para apoyar la rebelión en la que cree... pero ¿está preparada para pagar el precio máximo?

## I

## DESMAYO

Traducido por Azhreik

En algún lugar cercano, Benjy estaba esperándome.

Podía sentir su mirada fija mientras hacía mis rondas a través del gran salón de baile de la mansión Somerset, saludando a cada nuevo rostro con una sonrisa que se estaba volviendo cada vez más difícil mantener. Zumbaban a mi alrededor, disputando por unos pocos instantes de mi tiempo, pero todos sabíamos que sólo estaban aquí por mi nombre y mi rostro. Yo era Lila Hart, la sobrina del Primer Ministro de los Estados Unidos y una de las pocas VII en todo el país... que en una habitación llena de VI, me hacía más poderosa que todos ellos.

Pero yo no deseaba poder o fama. Si pudiera hacer lo que quisiera, estaría encerrada en mis aposentos con Benjy, robando todos los momentos a solas que pudiéramos. En su lugar, estaba obligada a celebrar mi cumpleaños en una habitación llena de mis supuestos amigos cercanos, conducida por un prometido que no me gustaba particularmente, y mucho menos amaba.

Excepto que no era mi cumpleaños, estos no eran mis amigos, y Knox Creed definitivamente no era mi prometido.

Mi nombre no era Lila Hart. Era Kitty Doe, y en mi decimo-séptimo cumpleaños real en septiembre, había sido secuestrada por el Primer Ministro y transformada quirúrgicamente en esta sobrina mimada, rebelde y supuestamente muerta, contra mi voluntad. Él me había dado una opción: fingir ser Lila o terminar con una bala en el cerebro. Yo no era una idiota, y aunque había significado renunciar a todo lo que había conocido y a todos a los que había amado, había elegido vivir... y luchar. Tres meses después, tras descubrir las conspiraciones políticas suficientes para toda una vida y secretos que debían haber quedado enterrados, aquí estaba, con Knox apretándome el brazo mientras me guiaba por entre la multitud de gente que me mataría si descubriera quién era yo en realidad.

Lo fulminé con la mirada e intenté sutilmente apartar mi brazo de su agarre, pero él apretó. No me importaba que fuera atractivo y alto, con cabello oscuro y ojos aún más oscuros, y que la mayoría de las chicas hubiera matado por estar en mis zapatos. Ellas no tenían que lidiar con el flujo interminable de instrucciones sobre cómo personificar a una chica que odiaba, ni tenían que fingir amarlo en frente de un país entero cuando la mayoría de los días los pasábamos en un tira y afloja constante.

Además, yo era extremadamente feliz con el novio que ya tenía, muchas gracias. Un novio quien, con su infinita paciencia, había estado esperando más de una hora a que me escabullera de esta gente. Si no encontraba una forma pronto, la noche no terminaría de forma placentera para ninguno de nosotros.

—Teníamos un trato —susurré, inclinándome hacia Knox para que sólo él pudiera escucharme—. Me porto bien durante un par de horas y me voy a las nueve. Ya son casi las once.

—A veces los planes cambian —dijo, sus dedos apretaron más mi codo. Aunque me hablaba a mí, sus ojos registraron el salón de baile—. Relájate y disfruta.

Las únicas veces que había disfrutado en los últimos meses había sido durante esos momentos robados con Benjy. —Lila nunca se habría quedado tanto tiempo. Cada minuto que estoy aquí, parece más sospechoso.

—Lo sé —dijo bajito, inclinándose para rozar sus labios con mi oreja. El calor de su aliento me recordó el frío que hacía en el salón de baile, y me estremecí en mi ligero vestido de seda—. Pero a veces incluso Lila tenía que hacer cosas que no le gustaban. Alerta.

Me giré a tiempo para ver a un hombre corpulento caminar sin prisa hacia nosotros. El Ministro Bradley, uno de los doce Ministros de la Unión que trabajaban bajo órdenes del Primer Ministro. No conocía a muchos de ellos de vista, pero el bigote retorcido del Ministro Bradley estaba grabado a fuego en mi cerebro, junto con la forma en que mi piel se erizaba cada vez que estaba cerca.

—Lila, querida, luces deslumbrante. —Se inclinó para estampar sus labios secos contra mi mejilla, y requirió cada gramo de voluntad que poseía evitar estremecerme—. Después de todo lo que has pasado, esperaba algo menos... —Hizo un gesto vago, con los ojos pegados a mi pecho.

Esta vez no me molesté en sonreír. —Ministro Bradley. Me sorprende verlo aquí. Creí que su esposa estaba enferma.

Se rio entre dientes y su mirada no se apartó. —Sí, sí, bueno, no me perdería una oportunidad de ver tu hermoso rostro.

—En ese caso, tal vez quiera alzar la vista hasta aquí —dijo y el Ministro Bradley se puso escarlata.

—Lo siento, Ministro —dijo Knox rápidamente, y enganchó su codo con el mío—. Lila ha bebido demasiado esta noche. Si no te importa, querida, necesito una palabra contigo.

Me condujo lejos y apreté mi copa de champaña. Ambos sabíamos que no había bebido ni un solo sorbo. No me podía permitir beber, no cuando necesitaba de toda mi claridad para sobrevivir la noche.

Agitando la mano para saludar a los Ministros y sus familias, junto con varios de los VI más prominentes en Washington D.C., Knox me guio hasta una mesa llena de comida y servilletas de tela dobladas en forma de pavo reales. La gente cercana empezó a moverse en nuestra dirección, pero Knox les lanzó una mirada de puro veneno, y ellos se dispersaron.

—Tú sabes lo importante que es esta noche —dijo tranquilamente, una vez que estuvimos solos. Me tendió un platito del extremo de la mesa—. ¿Realmente crees que insultar al Ministro Bradley en su cara va a hacértelo más fácil?

—Estaba mirando fijamente mi vestido —contesté—. ¿Por qué esperas que sonría y se lo permita cuando Lila habría...?

—Ahora mismo no me importa lo que Lila habría hecho —dijo—. Espero que no causes una escena con uno de los Ministros de la Unión más poderosos y nos crees otro enemigo que no necesitamos.

—Todos los que están en este lugar son enemigos. —Me giré y empecé a llenar mi plato con postres del tamaño de

un bocado.

—Yo no.

Dudé, mi mano inmóvil sobre un trozo de pastel rosa. Estaba aquí porque confiaba en Knox más que en la mayoría de la gente, pero algunos días no estaba tan segura que yo le importara más de lo que le importaba la razón por la que me necesitaba en primer lugar. —Si no quieres que piense en ti como un enemigo, entonces deja de tratarme como a una prisionera.

Knox suspiró. —Lo haría si tú dejaras de actuar como si no supieras cómo comportarte en público. Han pasado meses. Ya deberías conocer las reglas.

—¿Cómo podría conocerlas cuando sigues cambiándolas?  
—En la siguiente mesa, identifiqué pequeños trozos de carne envuelta en un hojaldre esponjoso, y mi boca se hizo agua. No había comido carne roja desde octubre. Ahora ya estaba casi acostumbrada, pero había días en que habría dado mi brazo derecho por una hamburguesa con queso. Hoy era uno de ellos.

Si estaba envuelta en hojaldre, nadie lo notaría, decidí. Moviéndome hacia esa mesa, ignoré el discurso que Knox estaba susurrando en mi oído y levanté casualmente una pieza. Un mordisco. Era todo lo que quería.

Estaba a un centímetro de mis labios cuando los dedos de Knox se cerraron alrededor de mi muñeca. —Lila, querida, eso tiene carne roja.

—¿Estás seguro? —dije inocentemente, intentando apartar la mano, pero su agarre era demasiado fuerte.

—Absolutamente.



Dejé caer el hojaldre en su plato, y el resto de mi paciencia se fue con él. —Si me disculpas, necesito orinar. —*Y encontrar a Benjy antes que se dé por vencido conmigo.*

—Necesitas refrescarte —corrigió Knox en voz baja.

—El Ministro Bradley me está mirando como si fuera alguna especie de cerdo de concurso —dije—. *Necesito orinar.*

Sin advertencia, Knox me hizo girar hacia una antecámara cercana, sus dedos se clavaban en mi brazo y no dijo una palabra hasta que pasamos el umbral. —¿Te das cuenta de quién está aquí?

Miré sobre su hombro. Ahora que nos habíamos ido, repentinamente el buffet se había vuelto el rincón más popular de la habitación, mientras los Ministros, sus familias, y los más aferrados trepadores de la escala social en el distrito de Columbia se entretenían allí, esperando a que saliéramos. Todos tenían VI tatuados en la nuca... el rango más alto que podíamos ganarnos después de tomar una prueba de aptitud en nuestro decimoséptimo cumpleaños. El único que decidía el resto de nuestras vidas, incluyendo nuestros trabajos, donde vivíamos, cuántos hijos podíamos tener y la longevidad de nuestras vidas. Sus VI significaban privilegios ilimitados y los ponían en la cima de la cadena alimenticia. El III bajo mi VII me había hecho ganar un boleto sólo de ida a limpiar alcantarillas durante las siguientes cuatro décadas, si conseguía vivir tanto con los escasos recursos que me habría concedido nuestro benévolo gobierno. —Sí. Todos los parásitos en Washington.

—Suficiente. —Knox me fulminó con la mirada, y su fachada cuidadosamente elaborada cayó finalmente. Cerró la puerta—. Puedes portarte bien, o puedes explicarle a Daxton porqué el país entero de repente sabe quién eres realmente. Porque esa gente de allá afuera no es idiota, a pe-

sar de lo que parece creer, y si continúas hablando así donde todos puedan oírte, ellos *lo descubrirán*. Es tu elección.

—Lo único que va a lograr que lo descubran es si continuo actuando como si estuviera perfectamente feliz allí afuera, fingiendo que me importa algo de esto —dije, hundiendo mis uñas falsas en mis palmas—. Lila no se habría quedado tanto tiempo.

Knox hizo una mueca. Mirando hacia la puerta, se acercó un paso, bajando la voz. —Lo sé, Kitty. Siento eso, de verdad. Pero si nos vamos ahora, alguien irá a buscarnos, y eso es lo último que necesitamos esta noche, ¿de acuerdo?

—Entonces debiste haberme dicho eso para empezar, en vez de jugar este ridículo juego —repliqué—. No soy completamente irrazonable, sabes. Si me dijeras todas estas cosas...

—Te digo lo que puedo.

—Me tratas como un objeto, Knox. Justo ahora, en esta habitación... soy tu utilería. —Sacudí la cabeza, dividida entre estar furiosa y quebrarme. Todo lo que deseaba era ir arriba y estar a solas con Benjy. Con la única persona que me quedaba en el mundo a quien aún le importaba la persona bajo el rostro de Lila.

—No eres mi utilería —dijo Knox, suavizando el tono—. Intento protegernos a ambos. Lo que estamos haciendo, a pesar de lo peligroso que es... es lo correcto. Sabes que lo es. No lo arruines sólo porque estás teniendo una mala noche.

Un nudo doloroso se formó en mi garganta, y tragué en seco. Era una discusión que habíamos tenido durante todo el

mes pasado, desde que estuve de acuerdo en continuar personificando a Lila. Originalmente no había sido mi elección; después que el Primer Ministro Daxton Hart me había comprado en un club de caballeros, me había dejado inconsciente y había despertado dos semanas después para descubrir que había alterado quirúrgicamente mi cuerpo—enmascarado, lo llamaban—para ser una copia exacta de su sobrina, Lila Hart, que había sido asesinada secretamente por liderar una rebelión contra él. Se suponía que yo tomara su lugar y la detuviera.

En su lugar, gracias a Knox, Lila seguía viva y estaba escondida. Y en cuanto a mí... resultó que no estaba de acuerdo con quedarme quieta y dejar que el gobierno asesinara a la gente que amaba.

Esa fue la única razón por la que había accedido a quedarme cuando Knox me lo había pedido hacía tres semanas. Había sido después de una agotadora noche y día, cuando Augusta Hart, la madre de Daxton y el verdadero puño de hierro que manejaba el país, había intentado no sólo matarme a mí y a Lila, sino también a Benjy. En su lugar, yo le había disparado seis balas. Ahora, con Lila seriamente herida, dependía de mí fingir ser ella, hasta que alguien eliminara al Primer Ministro del panorama.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Lo había intentado una vez y fallado... y como resultado, Daxton había estado en coma el tiempo suficiente para perderse lo peor de la pelea. Cuando había despertado, había fingido no saber que yo no era Lila, pero ambos sabíamos quién era realmente. Yo no era nadie para esta gente. Había sido criada tan lejos de la vida de un VII como era posible, en una casa hogar llena de Extras nacidos de padres que sólo tenían permitido tener un hijo. No había sido la crianza más lujosa del mundo, pero al menos podía tener una hamburguesa con

queso sin tener que mendigar. Y al menos había sabido quién era exactamente. Cuanto más tiempo pasaba como Lila, menos segura estaba que siguiera conociéndome.

—¿Crees que puedas aguantar una hora más? —dijo Knox, cruzando los brazos sobre su pecho ancho.

—Una hora más —murmuré, intentando apartar mi frustración. Knox tenía razón; yo sabía exactamente a qué había accedido, y portarme bien con los Ministros era una parte—. Pero Benjy tiene que quedarse conmigo esta noche después de la reunión.

Él levantó una ceja. —Conoces los riesgos.

—Fingiré que me quedo en tu alcoba. Puedes decirles a todos que tuvimos el mejor sexo de tu vida...

—Probablemente sería el peor.

Pateé su espinilla con mi tacón. —Esta noche estás siendo un imbécil.

Él maldijo y se frotó la pierna. —Y tú vas a conseguir que te maten a ti y a tu novio si no...

El pomo de la puerta se agitó, y sin advertencia, Knox me empujó contra la pared. Sus dedos se enredaron en mi cabello color pajizo, y sus labios encontraron los míos mientras me besaba con una ardorosa hambre de la que no pude escapar. No luché contra él. Mejor ser forzada a besarlo de vez en cuando, a que alguien nos atrapara hablando sobre mi identidad real; o peor, sobre la rebelión que liderábamos contra el gobierno.

La puerta se abrió, y me separé de Knox, haciendo mi mejor esfuerzo por lucir avergonzada. —Si no le importa, esta-

mos algo ocupados...

Me detuve y todo el aire abandonó mis pulmones. Incluso después de dos meses de encontrarme cara a cara con él a diario, el Primer Ministro Daxton Hart nunca fallaba en hacer que mi corazón se saltara un latido. Y no de buena forma.

Estaba parado en el umbral, con las pobladas cejas elevadas con sorpresa. Lentamente se estaban encaneciendo, lo que combinaba con su cabello oscuro, que era gris en las sienes. —Me disculpo, no tenía intención de interrumpir —dijo con voz tranquila—. Lila, querida, tus invitados esperan ansiosos tu regreso.

Sostuve su mirada fija. Sus ojos oscuros encontraron los míos, y durante varios segundos, ninguno de los dos parpadeó. Knox no tenía idea que el Primer Ministro sabía quién era yo. Daxton había mantenido su propio secreto magistralmente, sólo reveló su jugada en el funeral de Augusta con el fin de asustarme para que cumpliera con mi parte. No había funcionado. Era nuestro juego privado, y yo no iba a ser la primera en parpadear.

—Iremos en un minuto, señor —dijo Knox. Durante un momento, casi me sentí mal por él. Él era el único en la habitación que no sabía realmente qué estaba sucediendo. Debí haberle dicho que Daxton recordaba todo... esa debió haber sido mi primera conversación después del funeral. Pero sin importar lo mucho que confiara en él más que los demás, no confiaba en él completamente, y había dudado, enfocándome en reunir partidarios para los Blackcoat. Eventualmente había pasado el tiempo, y sabía que los efectos colaterales serían malos... de la clase de la que nunca podríamos recobrarlos. Así que en su lugar, egoístamente había mantenido la verdad como un as escondido,

para jugarlo cuando lo necesitara más. O para nunca jugarlo.

Aunque Knox sí sabía una cosa: el secreto que había develado en el funeral, cuando rocé mis dedos contra el VII en la nuca de Daxton y sentí el V debajo. Yo no era la única Hart que había sido enmascarada. La única diferencia entre nosotros era que yo aún tenía a mi creador respirándome en el cuello. Ahora que Augusta estaba muerta, el hombre que fingía ser el Primer Ministro Daxton Hart no tenía a nadie que lo detuviera de hacer lo que quisiera... incluyendo matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Cuando resultaba que todos los que me importaban estaban haciendo justo eso, las cosas se hacían personales.

—Un minuto. —Daxton levantó un dedo en énfasis—. Odiaría que te perdieras tu sorpresa de cumpleaños, Lila.

Me estremecí al pensar en lo que podría haberme preparado, peroforcé una sonrisa. —Un minuto.

Tan pronto cerró la puerta, me incliné hacia la oreja de Knox y susurré: —¿Cómo vamos a escabullirnos para la reunión? Él no va a perderme de vista.

—Déjame eso a mí —susurró Knox y guiñó el ojo. Echándose hacia atrás, se pasó los dedos por el cabello y se alisó la camisa negra y los pantalones. Yo me acomodé mi corto vestido purpura. Tres meses antes, nunca habría creído que se me permitiría tocar seda, mucho menos portar vestidos de seda tras vestidos de seda hechos a medida. A pesar de lo lindo que era el guardarropa; y los zapatos, y la comida, y los lujos que nunca habría podido soñar como una III, fingir ser Lila no valía arriesgar mi vida, y definitivamente no valía arriesgar la de Benjy al involucrarlo en esto.

Maldije. Él aún estaba esperándome. —Se supone que me reuniría con Benjy pronto...

—Lo verás después de la reunión. —Knox me acomodó un mechón suelto tras la oreja—. Sin importar lo mala que parece va a ser esta noche, no hagas nada estúpido, Kitty. Lo digo en serio. Cualquier breve ráfaga de alegría que saques de ese momento no valdrá la pena ser enviada a Otro-Sitio, y lo sabes.

Sí, lo sabía. —Benjy y yo. Toda la noche en tu alcoba.

—Toda la noche, mientras no tenga que oírlos. —Knox sonrió maliciosamente y abrió la puerta. Una ronda de aplausos nos recibió al entrar brazo con brazo de vuelta a la muchedumbre de VI, y varias personas que no reconocí se nos acercaron inmediatamente, con bebidas en mano. Me endurecí para otra ronda de charla absurda. Hacía mucho tiempo que había dejado de intentar recordar nombres. Lila no se habría molestado, y yo no deseaba hacer el esfuerzo cuando todo lo que ellos querían de mí era el poder detrás de mi VII. Si tan sólo supieran lo que yacía debajo.

—¿Quieres otra bebida? —preguntó Knox, aunque aún tenía mi copa aflautada llena de champaña. Sacudí la cabeza.

—Pero si pudieras conseguirme una de esas cosas de hojalbre esponjoso...

*Bang.*

Un disparo sonó, y en un instante, mi mente se puso en blanco. Todo lo que podía ver era carmesí contra blanco, un descarnado contraste que no desaparecería, sin importar lo mucho que intentaba bloquearlo.

*Bang.*